

El contraataque

EN los campos de fútbol se ve a menudo que si el equipo que en un momento dado va perdiendo no se desanima, no pierde la moral y no se resigna a la derrota, sino que, por el contrario, para emplear el lenguaje de los cronistas, "serena su juego" y emplea la cabeza, puede muy bien suceder que le rueden bien las cosas, y llevando, como se dice, "el peligro al marco contrario", consiga "acortar distancias". En el fútbol político, que estamos presenciando con el interés propio de quien sabe lo mucho que el resultado puede influir en su propia clasificación en la Liga, hemos asistido esta semana a un espectacular contraataque del equipo que va perdiendo. El contraataque no ha dado todavía sus frutos y tal vez no resulte en nada positivo de modo inmediato. Lo importante, a mi manera de ver, es que la reacción ha sido muy viva y ha tenido diversas manifestaciones que pueden haber cogido por sorpresa a "los otros", los cuales, animados por sus primerizos éxitos, habían lanzado las campanas al vuelo sin esperar a que terminara el partido.

Dejando el símil futbolístico, es preciso anotar aquí en primer lugar que el regreso de las viejas "figuras" ha sido acogido por la opinión general del país con más regocijo que espanto, aunque no sin las naturales precauciones. Ha estado bien sacarles en los papeles y en las pantallas, porque ha quedado claro que no son de recibo, y su arcaico lenguaje, sus gritos de guerra, no han impresionado más a los modernos españoles —a juzgar por las reacciones de la prensa— que lo que habría impresionado, pongamos por caso, a los hombres del Neolítico, que cultivaban la tierra y empezaban a fabricar el bronce, la amenaza de que iban a ser atacados con las toscas hachas de piedra tallada de los neanderthales clásicos.

El tema político de estos días se centra, claro está, en la cuestión de las asociaciones políticas. Lo que aquí se discute es, en realidad, mucho más profundo, aunque a simple vista parezca girar solamente en torno a la cuestión asociativa. Y en esta semana tan llena de noticias, de declaraciones y actos políticos, deben citarse dos textos de gran importancia a propósito de este tema. El primero de estos textos apareció publicado en el diario "Informaciones", de Madrid, el jueves día 28. Era un artículo firmado por el jurista Eduardo García de Enterría y titulado "El derecho de asociación política". Planteando las cosas desde un punto de vista estrictamente técnico-jurídico, García de Enterría hacía un análisis constitucional de las Leyes Fundamentales y sacaba la conclusión de que "intentar atribuir al Consejo Nacional funciones resolutorias en esta materia (autorización, control, disciplina, disolución de asociaciones) será infringir de manera flagrante el artículo 23 de la Ley Orgánica del Estado, extravasando al órgano constitucional de la función que la Constitución le reserva. Sería, sorprendentemente, un contrafuero manifiesto y claro, en pura técnica jurídica" (...) "Especialmente injustificado —seguía diciendo García de Enterría— sería intentar atribuir al Consejo Nacional la facultad de sancionar los hipotéticos excesos del derecho de asociación y aun enjuiciar los recursos que pudieran dirigirse contra dichas sanciones". (...) "La garantía del derecho de asociación ha de ser, pues, jurisdiccional, según las Leyes Fundamentales, función que corresponde exclusivamente a los Juzgados y Tribunales", según el artículo 31 de la Ley Orgánica del Estado".

El segundo documento fue entregado a la prensa el sábado día 30, tras la clausura de la XXI Asamblea Plenaria del Episcopado Español. Una parte del comunicado emitido por los obispos hace directamente alusión a la cuestión asociativa: "La Conferencia Episcopal Española considera obligado apoyar una evolución en profundidad de nuestras instituciones, a fin de que garanticen siempre eficazmente los derechos fundamentales de los ciudadanos, tales como los de asociación, reunión y expresión. Para lo cual es necesario asegurar cauces de participación de todos los ciudadanos (el subrayado es mío), tanto individualmente como asociados, en la vida política, desde su propia identidad programática, sin discriminaciones arbitrarias y con garantías jurídicas para el ejercicio de este derecho dentro de las exigencias del bien común". El lector encontrará en "Hemeroteca" los párrafos pertinentes tanto del artículo de García de Enterría como del comunicado de los obispos.



El mismo jueves día 28 por la tarde asistimos a lo que puede calificarse de un importantísimo acto político. El motivo era la celebración del tercer aniversario de la fundación de "Cambio16", que tuvo lugar en los salones del hotel Ritz. Viendo entrar a tanta y tan significada gente, uno de los conserjes nos preguntó a un grupo de periodistas qué se celebraba allí. Le dijimos: "Es el cóctel de 'Cambio'". Y él preguntó: "¿Qué pasa, que van a cambiar las cosas?". Había unas mil personas en los salones del Ritz. Contemplando los elegantes estucos y las soberbias lámparas, un muchacho me dijo por lo bajo bromeando: "Me da la sensación de que estamos en el Metro de Moscú". Los salones estaban atestados y era difícil ir de una parte a otra para acercarse a los grupos y ver quién estaba y quién no estaba en el cóctel. Llamó mucho la atención la asistencia de dos ministros del Gobierno: el de Información, León Herrera, y el de Hacienda, Rafael Cabello de Alba, cuya presencia en el cóctel se relacionaba con la reacción de última hora producida en el seno del Gobierno en torno al tema de las asociaciones. Vimos cosas que, como suele decirse, no suceden todos los días. Don Joaquín Ruiz-Giménez y el general don Manuel Díez-Alegria se daban uno de los más resonantes abrazos de los últimos tiempos. Pío Cabanillas, y luego el mismo don Manuel Díez-Alegria, conversaban con las esposas de los presos políticos, entre ellas la de Marcelino Camacho y la de Lucio Lobato, para quienes tenían frases de aliento. Creí ver a tres grupos de personas del espectro político del "establishment". Unos, los recién dimitidos, apoyando un cambio que

ellos habían preconizado ya desde sus puestos; otros, los recién nombrados, que con su presencia en el Ritz manifestaban su deseo de no ser confundidos, y unos terceros, entre los que podían incluirse algunos de los del segundo grupo, que ponían cara de estar dispuestos a dimitir en cualquier momento. Había también grupos de "rezagados", que perdieron el tren en etapas anteriores y parecían decididos a recuperar la nueva sonrisa. La prensa, nacional y extranjera, estaba masivamente representada en el salón del Ritz, y varias televisiones europeas filmaban aquellas inolvidables escenas.

No hubo discursos, aunque al principio del acto se decía que el presidente de la sociedad editora de "Cambio16", Luis González-Seara, hablaría a los invitados. Este silencio fue cubierto con creces por las conversaciones del salón, en las que se hablaba preferentemente del tema de las asociaciones, en torno del cual se decía que las distintas tendencias se estaban "echando un pulso" en las alturas en aquellos mismos momentos. Se hablaba del tema de la "reconciliación nacional" y del tema de los detenidos. Algunos de ellos estaban presentes en el salón, desde don Joaquín Ruiz-Giménez ("Usted, don Joaquín, irá a comer a casa aunque sea a la fuerza") hasta los representantes de varias de las tendencias de la reunión de la calle del Segre, que contaban anécdotas de la experiencia vivida. Se hacían, entre los periodistas que estaban presentes, interpretaciones acerca del caso, y parecía prevalecer la de que se hubiese "metido un gol" con este asunto, aunque no todos "los autores" se mostraban de acuerdo con este parecer.

Una nota común a los participantes en el cóctel del gran salón del Ritz: era gente agradable, sonriente, bien parecida. La elección no tenía duda si se les comparaba con algunos rostros que han asomado estos días a la superficie. No me extraña, por ello, ver en el salón "progres" con aire de estar dispuestos a "echar una mano" si hacía falta. El acto puso su sello aperturista en la semana política. Hubo otros actos —presentaciones de libros, cenas, coloquios— en que las conversaciones giraron alrededor de los mismos temas. Asistí, en la noche del viernes 29, a la cena ofrecida por los responsables extranjeros al ex ministro Pío Cabanillas y a sus colaboradores Marcelino Oreja e Ignacio Aguirre. Fue una deferencia por parte de la Agrupación de Responsables invitar a un reducido grupo de periodistas españoles a tomar parte en esta cena. Pío habló off-the-record, y esto me impide escribir una crónica de lo que se le preguntó y él dijo. Sólo dejaré constancia aquí del soberbio planteamiento político que el ex ministro hizo de los temas del día y del exquisito respeto y elegancia que empleó para con antecesores, coetáneos, sucesores y aun adversarios suyos al contestar a las espinosas cuestiones que se le plantearon.

Así transcurrió la semana, con perspectivas mucho mejores de las que hubieran podido temerse. Aún hay pesimistas, y no es que las cosas estén para poner champán en la nevera. Pero yo, después de haber leído lo que he leído, después de haber asistido a las reuniones que he dicho, empiezo a dar la razón a un compañero que, hace unas semanas, me contestaba, al pedirle yo que me dijera las perspectivas que él veía a un plazo medio, ni demasiado corto ni demasiado largo: "Mira. Pasaremos un tramo muy malo de carretera". Y añadía: "Pero... salimos a la general". ■ LUIS CARANDELL.